

LA EDUCANDA.

PERIÓDICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La hija de familia en sociedad, por T.—El recién nacido [poesía], por don Antonio Arnao —El día de Noche-Buena, por J. G. B.—La Gitanilla [continuación], por doña Joaquina García Balmaseda.—Modas, por Maravilla.—GRABADO: El día de Noche-Buena.—LAMINAS: Figurín de Modas.—Pliego de Dibujos.

LA HIJA DE FAMILIA EN SOCIEDAD.



CONFIAMOS en que la benevolencia de nuestras jóvenes lectoras acogerá la severidad con que nos veremos precisados á tratar algunos asuntos en interés de ellas mismas, al mismo tiempo que de las familias y la sociedad entera, nosotros que obraremos así á impulso de este sentimiento, y que deseamos merecer su aprobacion, dándoles pruebas inequívocas del puro y delicado afecto que nos inspiran.

Por nuestras circunstancias particulares, no frecuentamos los actos de sociedad en que las jóvenes empiezan á mostrar al mundo los encantos que les ha prestado su educacion, y los que han recibido de la naturaleza, que se les pueden contar tambien como méritos cuando saben emplearlos con ideas exactas y sentimientos nobles; pero llega con frecuencia á nuestros oídos lo que muchas personas sensatas dicen en general, echando de menos la preparacion que debe haber recibido toda jóven cuando principia á desempeñar su papel en sociedad. Oímos decir de algunas señoritas que los honores de su conversacion pertenecen preferentemente á los tontos, porque solo éstos tienen la abundancia de frases vacías, las oportunas necedades de que estas jóvenes se muestran golosas, como del manjar mas grato á su paladar, como del que mejor les sienta; y que, sin embargo, casi todas ellas han aprendido una, dos ó mas artes de adorno (como se dice en los programas de algunos colegios) y hablan de todo.

2.ª ÉPOCA.

Que hablan de todo; pero que en nada se interesan, porque de todo entienden muy poco y porque sienten menos.

Que á excepcion de los buenos principios que sirven de base á sus costumbres y preparan sus virtudes domésticas, todo es en ellas superficial y aparente, todo tiene por objeto ciertas exterioridades completamente estrañas á las cosas que aprenden, y aun á las bellas artes que cultivan.

Que leen por haber leído; que tocan el piano y cantan solo por lucir estas habilidades; que dibujan, porque el dibujar es signo de una educacion de buen tono, porque está recibido como una moda.

Y en fin, que han aprendido á parecer y no á ser.

Si tales son los frutos de su educacion, comprendemos muy bien que sus habilidades en estas artes no tengan mas alma y vida que las que les presta la vanidad, y que, por lo mismo, sean inútiles en el hogar doméstico, y que su duracion no llegue al matrimonio. Comprendemos tambien que su conversacion carezca de interés; y que para ser frívola, no le falte pretension y pedanteria, moneda corriente que, en efecto, se cambia preferentemente con los tontos, porque solo ellos tienen el bolsillo lleno; ó con algunas personas juiciosas que se ven precisadas á procurársela, so pena de quedarse aisladas, cosa dura, en verdad, para las que tienen veinte años y corazon.

Sin duda que las exterioridades tienen cierto prestigio á los ojos de una jóven, y que no le es indispensable juzgarlo todo con austeridad; pero conviene que llegue á estimar el verdadero mérito, á ser buena sin desdeñar ser agradable, y sobre todo, á detestar la frivolidad, la mentira, el egoismo y todo lo que empequeñece al espíritu, seca el corazon y rebaja el carácter.

La armonía que existe entre lo bello y lo bueno se establece en las ideas y sentimientos que desarrolla

la educacion, de la cual son poderosos medios, para este fin, el dibujo, la pintura, la música y otras artes, cuando no se emplean solo como adorno y recreo; pero la base es siempre la moral.

Una señorita entra en sociedad cuando experimenta en sí misma un cambio que consiste en la transformación de los últimos hábitos de su niñez, y en las primeras esperanzas formales que concibe. A la edad de catorce ó quince años siente que su destino comienza: todavía conservará mucho tiempo la conciencia de su debilidad que debe apoyarse en la experiencia de su madre; pero ya no es la niña que nada podía sin el solícito cuidado maternal. Es una hija dócil y modesta; pero con ideas propias, mas ó menos exactas, de cuanto la rodea, de lo que conoce del presente y de lo que infiere del porvenir.

Este sentimiento, que empieza á manifestarse como un móvil de perfeccionamiento moral, es para ella la voz de la Providencia que le dice dentro del corazón: Hasta hoy has hecho, sin saberlo, un preludio de las luchas de la vida; has pasado por el misterioso trabajo de la primera edad; tu infancia se deslizó con sus inocentes alegrías y sus fugaces dolores; tu pura y laboriosa niñez ha recogido las buenas semillas que tu madre y tus maestras han sembrado; pero en tu edad pasada tus temores y esperanzas se encerraban en las impresiones del momento: ya no te sucederá lo mismo; á tu entrada en la juventud, te doy un poderoso instinto de porvenir; sítete de él, no con impaciencia sino con fé y valor: tu madre no vé ya en tí la niña que llenaba la obligacion que le imponia, sino una jóven advertida del destino que mi voluntad te prepara; empieza á ser digna de trabajar por tí misma en tu educacion, y bendice la gracia y la fuerza que te doy para terminar esta obra.

La jóven oirá esta voz secreta cuyas advertencias se le harán mas comprensibles, en vista de los ejemplos de su madre, porque es testigo ocular del cumplimiento de los deberes impuestos á la esposa, á la madre de familia, y porque antes de trabajar en su perfeccionamiento moral, ve el bien que ella misma puede alcanzar. Fáltale todavía la experiencia; pero sabe lo que Dios le manda, y este conocimiento guiará su voluntad.

Al mismo tiempo, y como consecuencia de esta nueva situacion, la jóven es ya una *compañera* de su madre. ¡Qué dulce es esta palabra en la familia y en sociedad! ¿Quién no ha oído á la feliz madre de una jóven de quince años, llena de encantos, decir con piadoso reconocimiento que Dios le ha dado una excelente compañera? Esa madre goza tambien el fruto de una educacion que tantos desvelos le ha costado, viendo que su hija es acogida con estimacion en el círculo de sus relaciones sociales, y experimenta el inefable placer de tener una verdadera amiga capaz de comprenderla en el objeto mas caro de su corazón.

En fin, en sociedad la jóven á la vez que aumenta su instruccion sólidamente adquirida, sin dejar de estar obligada por los mismos deberes, se posee de un nuevo sentimiento de dignidad que la preservará de muchas faltas. Todo cuanto la rodea le revela que *ya es mujer*: revelacion saludable que coloca junto al azar de impresiones desconocidas la conciencia de nuevos deberes que cumplir.

T.

EL RECIEN NACIDO.

(VILLANCICO.)

Es una noche de invierno,
De luceros coronada:
Todo enmudece: los rios
Tan solo gimen ó cantan.
¿Veis de aquel lejano monte
Brillar la risueña falda
Al resplandor de una hoguera
Que suelta al viento su llama?
Allí rústicos alegres,
En cuyas sencillas almas
Arde el júbilo que brilla
Como sol en su mirada,
Al són del rabel campestre
Que hace resonar el aura,
En derredor de la lumbre,
Bullen y triscan y danzan.

MANCEBOS.

¿Por qué, zagalas, vuestro alborozo?
¿Quién os inspira grato placer?
Vuestro semblante
Retrata amante
Risa inocente, llanto de gozo,
Que hace en amores el pecho arder.

DONCELLAS.

¿Decid vosotros que en ráudo giro
Del grato fuego vais en redor,
¿Quién os augura
Tanta ventura?
¿Quién os arranca dulce suspiro
Como suspiro de inmenso amor?

UN PASTOR.

Vagaba en el verde otero,
Pensando en mi tierna fe,
Cuando en clamor lastimero
Dijo un corderillo: «bé!»

Entré en el bosque escondido,
Mi amante sueño á seguir;
Y el blando humilde balido
Volví del vellón á oír.

Subí al escarpado monte;
Y en la densa lobreguez,
Por el opuesto horizonte,
Sonó el gemido otra vez.

Busquéle entonces: no estaba:
Miré al cielo, y ví el fulgor
De una estrella que brillaba
Mas espléndida que el sol.

LAS DONCELLAS.

Vanas quimeras
De tu ilusión
Son esas voces,
Ciego pastor.
La blanca estrella
Cuyo arrebol
Ante tus ojos
Resplandeció;
Y el eco triste
De aquella voz,
Serán recuerdos,
Llenos de amor,
De la zagala
Que aprisionó
Con su hermosura
Tu corazón.

UNA CAMPESINA.

Dejad que el lábio mío
Diga, zagales,
Que de júbilo lleno
Mi pecho late.
Quizá vosotros
Le digais á mi alma
Porqué es su gozo.

Estaban en silencio
Campos y montes:
Exhalaba mi fuente
Blandos rumores:
Todo dormía:
Solo velaba en sueños
El alma mía.

Súbito, de los valles
La paz turbando,
Tres veces en mi choza
Cantó mi gallo.

Y entre las sombras
Vocécitas de niños
Dijeron: «gloria!»

Mi corazón dió un bote
De puro gozo;
Vertieron de alegría
Llanto mis ojos;
Como si el alma
Viera cumplirse el sueño
De su esperanza.

Recorrí monte y valle,
Mas ay! en vano;
Que mis ojos ansiosos
Nada encontraron.
Solo sentía
Las voces que en los aires
«gloria!» decían.

Decid, decid, zagalas,
Porqué sin tino
Canto y suspiro á un tiempo,
Lloro y sonrío.
Mas oh! bailemos;
Siga la alegre rueda
Junto á ese fuego.

LOS MANCEBOS.

Já! Já! loquilla,
Soñando estás:
Los dulces cantos
Que oyes sonar,
Serán las auras
Que ledas van
Por el follaje
Del encinar.
Siga la danza,
Ruede á compás,
Que de las llamas
El chispear
«Gozad alegres,
Diciendo están,
«Vuestra sencilla
»Felicidad.»

En esto en la oscura sombra
Fulgor insólito brilla,
Que de la turba sencilla
El alma inocente asombra.

Y una voz, mas dulce y pura
Que el arpa en sus dulces sones,
En aquellos corazones
Con blando acento murmura:

«Yo soy Niño, aquel Dios fuerte
Que á su gloriosa venida
Debe derramar la vida
Sobre este mundo de muerte.

Dáme el hombre en sus agravios
Senda erizada de abrojos:

Yo le doy paz con mis ojos,
Y caridad con mis labios.

Presto mirra, incienso y oro
Daráme en sublime ofrenda,
Mas alguien habrá que venda
De esta mi sangre el tesoro.

Para romper en pedazos
La cadena que le infama,
Hay una cruz que me llama
Abiertos á mí los brazos.

Ea! Levantad la frente:
Justos, seguid tras mi huella:
Yo soy de Jacob la estrella
Que apareció por oriente.

Nunca de mayor victoria
Tendreis ya promesa alguna:
Si un pesebre fué mi cuna
Será un cielo vuestra gloria.»

Así de un ser invisible
Dice la amorosa voz;
Y en lágrimas de alegría
Anega su corazón.

El fuego amigo abandonan;
Cesa la rueda veloz:
Parten sin saber adónde,
Lanzando grito de amor;

Cuando venerable anciano
La loca turba paró,
Y estas palabras les dice
Llenas de amante fervor:

EL ANCIANO.

En un humilde pesebre
Un niño sin par nació;
Mas hermoso que los cielos
Con su luna y con su sol.

El mundo salta de gozo,
Como también salto yo.
¿Vamos á verle, zagales?
—Se llama Jesús y es Dios.

todos (con estremo júbilo.)

«Bien haya, anciano, tu noble acento,
Que dicha tanta nos reveló:

Esa es la pura

Dulce ventura

Que en los arcanos del pensamiento
Nuestra esperanza nos ofreció.
Vamos al punto! Batid las palmas
Que aquel lucero nos da su luz.

¡Ved sus destellos

Puros y bellos!

¡Es la esperanza de nuestras almas!
¡Bendito seas, Niño Jesús!

Y todos alegrementa
Parten, del amor llevados,
Por una estrella guiados
Que se levanta en Oriente.

ANTONIO ARNAO.

EL DIA DE NOCHE-BUENA.

Si hay algun día en el año que nos haga sentir el no ser niños, es ciertamente el 24 de Diciembre. ¡Hermoso día para ellos! mas no: hermoso día para todo el mundo! Solamente que la alegría de los niños es mas completa, pues á ella no se mezcla ningun vago recuerdo de las penas de ayer, ningun presentimiento de las que vendrán mañana.

El 24 de Diciembre, sin verdura, sin flores, sin ostentar el cielo su hermoso manto azul, y con su espesa niebla, sus nieves, sus hielos, con toda la tristeza en fin del invierno, ¿no hace, sin embargo, latir dulcemente nuestro corazón? El día de Noche-Buena difunde la alegría sobre el mundo cristiano, como la primavera sus flores y su aroma sobre la tierra. Ricos y pobres, niños y grandes, todos, desde los países helados del Norte hasta los templados del Mediodía, todos tienen una sonrisa para la víspera de Navidad.

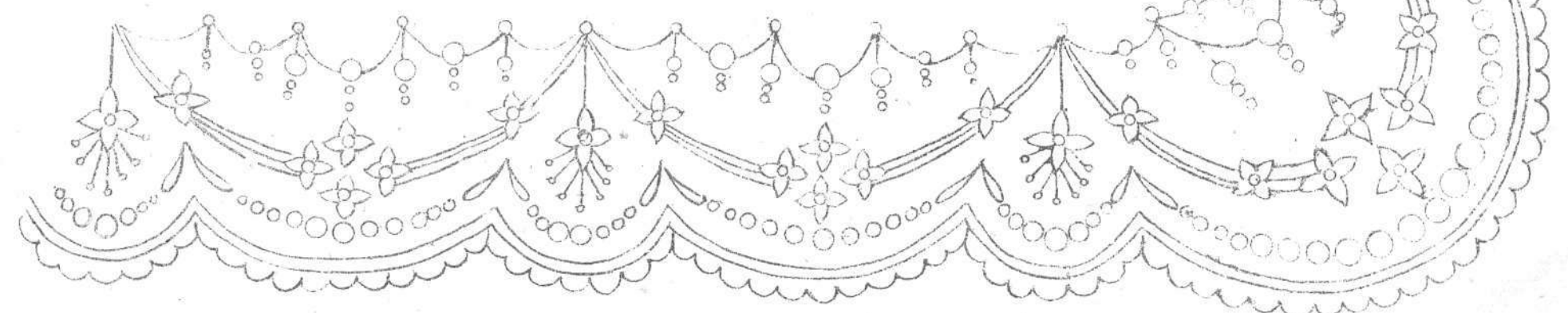
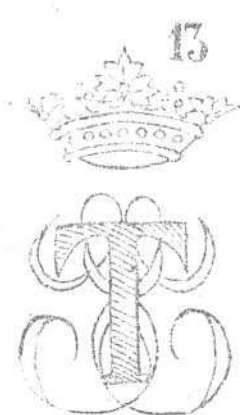
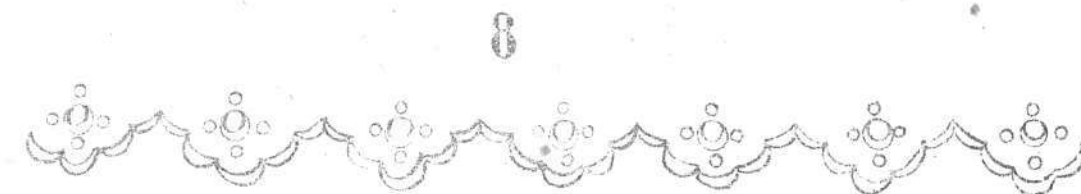
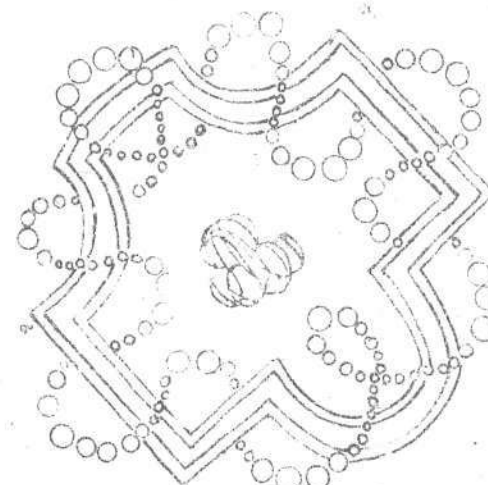
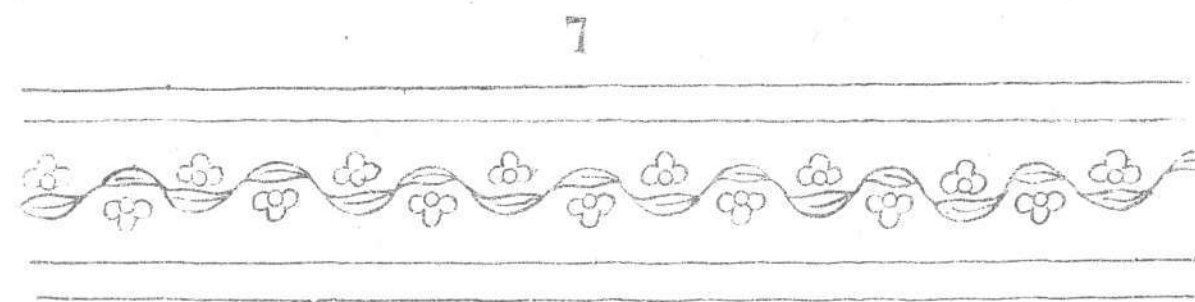
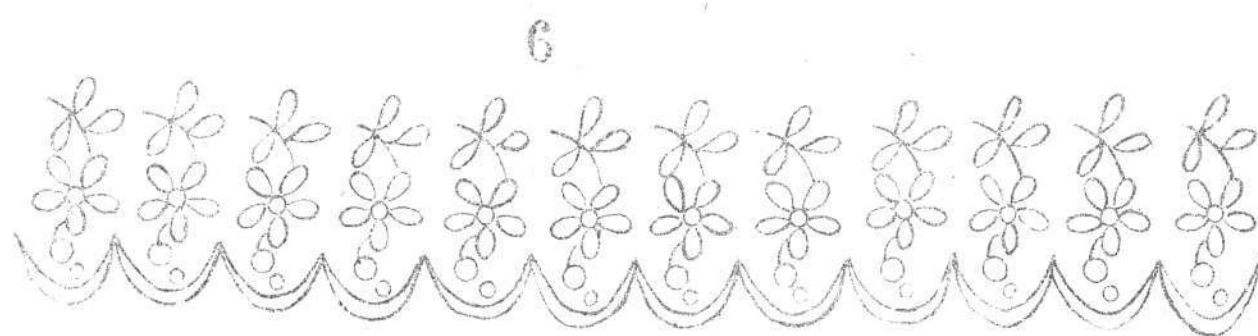
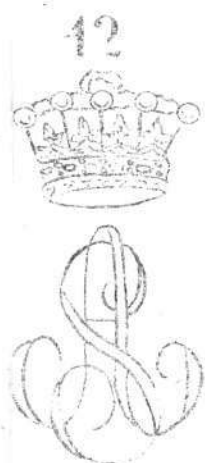
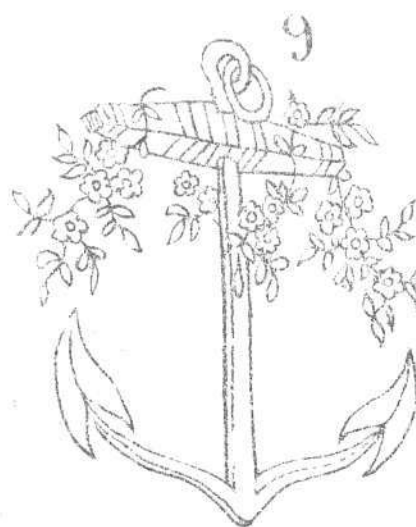
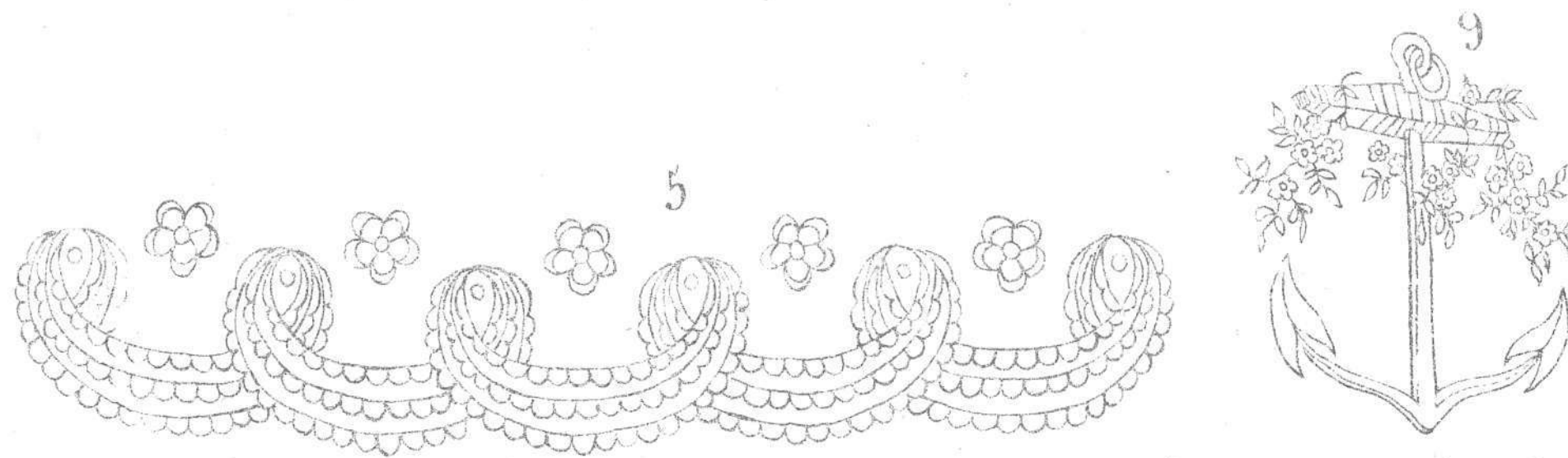
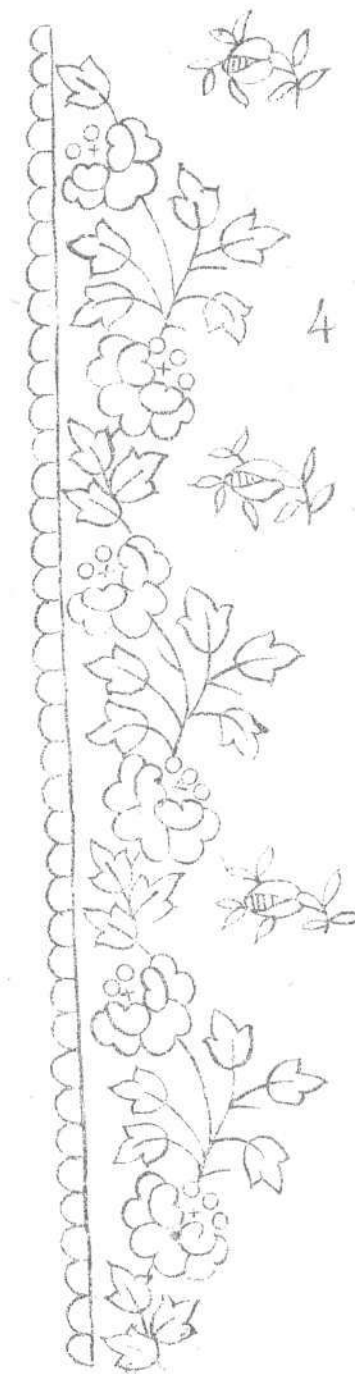
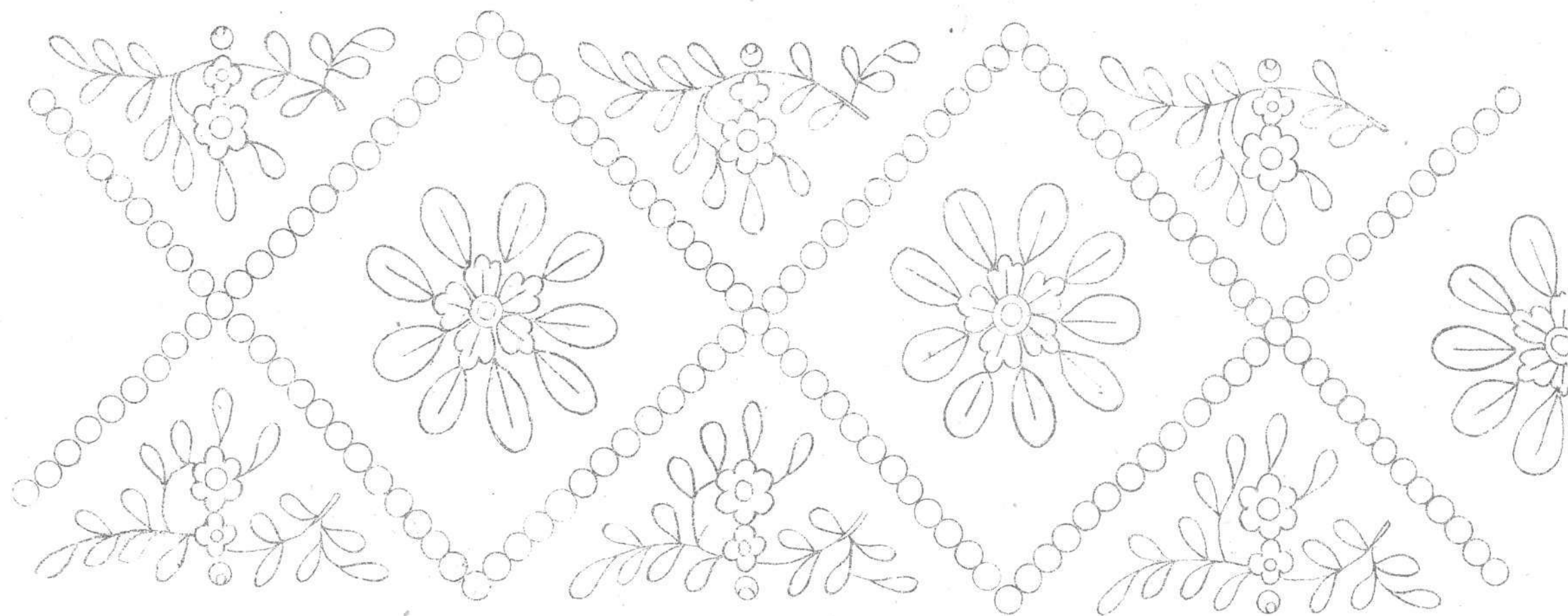
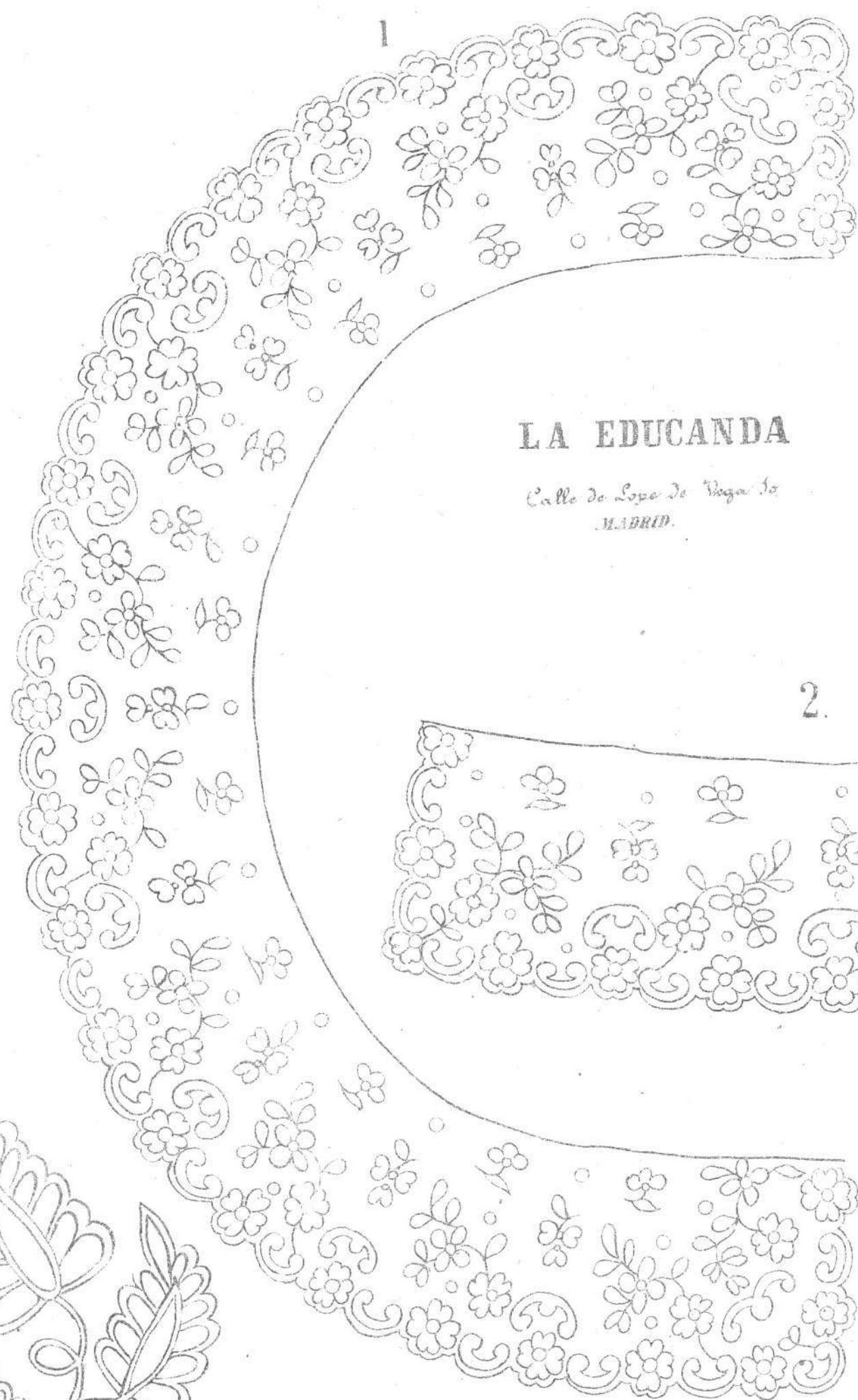
La Noruega, en sus chozas sombrías, entre sus montañas áridas y nevadas, prepara desde el mes de Octubre los mas delicados trozos del buey y del oso; los sala, los cuelga cerca del hogar, y exclama.... Para el día de Noche-Buena!

El arrendador alemán se dirige á su huerto, y escoje también para el día de Noche-Buena las manzanas mas hermosas y doradas.

En Londres los músicos se reúnen y entonan dulces aires durante la noche, en la quincena que precede á la fiesta, haciendo resonar sus agradables melodías en las silenciosas calles, y los vecinos que medio dormidos las escuchan, murmuran... Es que se acerca Noche-Buena.

En Roma los pastores abandonan sus montañas y recorren las calles de la población ocho días antes con sus sandalias y sus piernas desnudas: se detienen delante de cada imagen de una Madona, y cantan sencillas coplas, que acompañan con sus armoniosas gaitas. Estas coplas dicen también á los romanos..... Se aproxima Noche-Buena.

En una parte de Francia y de Alemania es uno de los mas importantes cuidados preparar el árbol de Navidad, que consiste en una grande rama de abeto adornada de innumerables luces, de cintas de colores, de granadas, naranjas, y algunas otras de nuestras mejores frutas.



Diciembre de 1862.

Lit. de Aragon, Pinar 10.

En otros países donde no tienen el árbol de Navidad, le reemplazan otras costumbres. En Inglaterra las casas se adornan de laurel, de boj, y sobre todo de acebo, cuyo follaje disponen en guirnaldas sobre las fachadas. Muy pobre ha de ser la casa donde no haya una torta ojaldrada, que se hace para este día, probándola solamente en él, y guardando el resto para celebrar las demás fiestas del año, ú obsequiar á algun huésped ofreciéndole un pequeño trozo de la torta de Navidad.

En los países fríos de Europa, en el norte de Suecia, por ejemplo, la fiesta de Noche-Buena toma un carácter mas tierno. Durante seis meses del año el sol no luce para aquellos pobres países! El día de Navidad es el primero en que aquellos infelices vuelven á ver el sol; el sol alegre y dorado que al fin esparce sus débiles rayos sobre aquel suelo ingrato. ¡Cuán profunda debe ser entre ellos la alegría de Noche-Buena!



El día de Noche-Buena.

Si entrásemos en la casa del aldeano sueco, encontraríamos también tortas, cerveza, el lechoncillo, que una costumbre tradicional les hace indispensable en tal noche, todo dispuesto con esquisito cuidado: el suelo cubierto de ramos de abeto que exhalan un agradable aroma, y las puertas adornadas del mismo ramaje. A la mitad de la cena, en la que se hallan reunidos parientes y amigos, un hombre llega con un canastillo lleno de objetos de poco valor, que se reparten entre los concurrentes, como un recuerdo de tan agradable noche.

La generosidad de los corazones en aquel país en semejante día se extiende á todo cuanto existe: las puertas de las casas permanecen abiertas, y todo via-

jero que llega á ellas tiene un lugar en el hogar y en la mesa; á los animales domésticos se les da también el alimento que mas les agrada y en mayor abundancia; hasta las aves que vuelan libres en el espacio, celebran allí este día, pues sobre los tejados de las casas se colocan elevados maderos cargados de espigas de avena, para que los pobres pájaros acudan á ellos y participen del general regocijo.

Entre nosotros no es menos encantador el cuadro que se ofrece en el presente día. Los niños, que al compás de los pastoriles instrumentos, cantan las coplas alusivas á Belén, á Jesús y á María, y la animación que reina en todas las casas anuncian la costumbre que siguen todos los países: la cena de Navidad. En ella los niños son los reyes de la fiesta, y luego viene la verdadera sorpresa, el Nacimiento preparado por la señora de la casa, en el que nada se omite para representar el fausto suceso que se celebra. Allí está el divino Niño en el ruinoso portal, allí San José,

la Virgen María contemplándole con el amor de una madre, los pastores adorándole, los Reyes guiados por el signo celeste.... nada falta en tan sencilla escena. ¡Qué cosa mas encantadora que el natural y franco entusiasmo que anima á todas las familias!

En esta noche los parientes, los amigos se reúnen: si hay disgustos entre algunos miembros de una misma familia, en esta noche se olvidan sus resentimientos, se enternecen sus corazones y vuelven á estrecharse sus manos sobre la dulce cuna de Jesús. ¡Pasad, pues, días del año! ¡Pasad veloces, y dejad lucir el día que todos deseamos! Poco importa que en ese día no se muestre esplendente el sol, ni el cielo

despejado y sin celajes..... siempre será hermoso el día en que Cristo vino al mundo para decir á los hombres: «Sois hermanos, amaos como tales.»

Solemnizamos por nuestra parte este día, cumpliendo con nuestro deber mas grato. Dirijamos hoy nuestras miradas por las calles de la poblacion, y si vemos un infeliz que implora la caridad pública, una madre que estrecha en sus brazos á su hijo aterido, socorrámosles mejor que en otro cualquier día; pensemos que el de Noche-Buena es una fiesta en la que no debiera haber desgraciados; un día en el que en Suecia, el país mas pobre de Europa, todo cuanto existe, hasta las aves, tienen alimentos y alegría, dispuestos por la mano del hombre.

J. G. B.

LA GITANILLA.

(Continuacion.)

Al día siguiente la gitanilla despertó entre las caricias de los otros niños, y la señora Isabel, la vistió con ropa de Clara, aunque usada, limpia, haciéndola almorzar, como á los demás niños, un tazón de sopas de leche. Despues la cariñosa madre se puso á lavar y peinar á sus hijos, y cuando hubo terminado, se disponia á hacer lo mismo con la pobre recogida, lo que hizo murmurar á Catalina:

—Vais á desenredar ese felpudo? ¡Trabajo os mando!

Y en verdad que no se engañaba Catalina: jamás el peine habia entrado en aquella cabellera de ébano, que por primera vez se vió alisada y bien prendida, dando otra espresion á la adusta fisonomía de Consuelo. En este instante D. Leon entró, como todas las mañanas, á despedir á sus hijos cuando iban á la escuela, y quedó agradablemente sorprendido del cambio que habia sufrido la gitanilla, lo que observado por su mujer, dió gracias á Dios, rogando en silencio que acabase de conmovier el alma de su marido.

De repente Consuelo dió un grito, y corrió á esconderse en un rincón del cuarto, mientras las miradas de todos se clavaban en la puerta, en la que habia aparecido una mujer alta, bronceada, y tan mal vestida como Consuelo la víspera, aunque muy recargada de collares y medallas. Al pronto pareció no reconocer á Consuelo en su nuevo traje, pero despues se lanzó á ella con palabras y ademanes descompuestos, lo que hizo exclamar á la señora Isabel con dignidad:

—Dejad á esta niña! ¿Por qué la habeis abandonado?

—Ella fué quien se separó de mí.

—Y por qué no la buscasteis ayer?

—Yo ni me hubiera cuidado de ella, pero *él* me ha pegado al verme volver sin la chica.

—No es hija vuestra? replicó D. Leon.

—No señor, murmuró Consuelo, no soy hija mas que de mi padre.

—Vamos, dijo la madrastra arrastrándola con violencia.

—La niña lanzó un grito de terror, pintóse tambien éste en el rostro de Isabel, y su marido entonces exclamó:

—Dejad esa niña: nosotros la recogemos.

Una mirada reconocida de su mujer, y los gritos de aprobacion de los niños, fueron su inmediata recompensa.

—Yo, por mí, replicó la gitana, me es igual... pero *él* no querrá.

—Decidle que venga á verse conmigo.

—No consentirá entrar en el pueblo.

Entonces el buen padre, que algunas horas antes se oponia á la permanencia en su casa de la gitanilla, se encaminó fuera del pueblo en busca del gitano, y obtuvo de él el permiso de quedarse con su hija.

Al anoecer el gitano se presentó en casa de los protectores de Consuelo, y viendo á ésta entre toda la familia, exclamó dirigiéndose á Isabel.

—Dios os bendiga, caritativa señora, que quereis preservar á mi hija del hambre y del frio, y os dé en en ella una hija

Despues habló á la niña en un lenguaje extraño que ninguno entendió, y padre é hija se despidieron con lágrimas en los ojos, porque aun entre los salvajes la separacion es muy amarga.

Por fin el gitano partió: todos quedaron silenciosos, y solo Isabel, levantando sus ojos al cielo, murmuró desde el fondo del corazón:

—Dios misericordioso, vos que amais á las ovejas descarriadas, vos que habeis conducido hasta nuestro mismo hogar esta niña infeliz, haced que encuentre en él ejemplos de virtud, y que unos á otros nos sostengamos para avanzar por la estrecha senda que conduce al cielo.

Despues de estas palabras, Isabel besó á la niña en la frente, su marido la bendijo, sus hijos la abrazaron, siendo desde aquel momento recibida por todos como hija y hermana.

No pasó mucho tiempo sin que la niña abandonára su rusticidad, encontrándose suelta y desembarazada en su nueva vida, y mostrándose en el seno de la familia viva y alegre.

Al momento se la puso con Clara á la maestra, pero la lectura y las labores interesaban poco su animo; las aprendia dificilmente, siendo por el contrario de rápida comprension para cuanto concernia al gobierno de la casa. Estas disposiciones domésticas fueron tan palpables, que hasta la misma Catalina, que

la llamaba siempre el *gato montés*, había cedido en su encono, murmurando solo de vez en cuando:

—Estos vagabundos no quieren mas que su vida errante: el día menos pensado desaparecerá.

Los niños estaban cada vez mas contentos de poseer á Consuelo, sobre todo cuando se trataba de jugar y correr, porque así como ésta era la mas atrasada en punto á estudios, era la que mas avanzaba en fuerza y agilidad para trepar á los árboles, ó llevar un aro á la carrera, costando grande trabajo que no se quitara los zapatos para correr mejor. Su intimidad particular era con el pequeño Enrique, que gracias á ella, que le tomaba en brazos si se cansaba, no se veia condenado á quedarse en casa mientras sus otros hermanos salian al campo ó á las eras.

—Aquí no hay bosque, solia decir Consuelo cuando recorria los alrededores del pueblo.

—Le hay á una legua de aquí, dijo un día su protector. Ahora que viene la primavera, os llevaré un día á buscar moras.

Desde este instante Consuelo soñó con la promesa, y cuando se fijó el día de realizarla, Ricardo hizo los mismos preparativos que para un viaje; él y su hermana convidaron á otros niños del pueblo, y á Catalina, por ocupaciones de su amo, se le rogó que acompañase á los niños, lo que hizo exclamar á la adusta anciana:

—Ay, no señor! No estoy yo de humor de ir hasta el bosque, despues de trabajar en casa como una negra.

Y como le dijese que le serviria de recreo, replicó:

—Una mujer cristiana como yo, tiene recreo de sobra en ir á misa y al sermón los días festivos.

No hubo medio de convencerla, y un mozo de la labranza fué el encargado de servir de conductor á los niños.

Se les dió una abundante merienda, y se les despachó, encargándoles el pronto regreso. Cuando penetraron en el bosque Consuelo se transformó, principió á correr con el desenfreno de una fiera á quien sueltan de su encierro, y con su traje de color de rosa, su tez morena, su sombrero de anchas alas, parecia la verdadera representacion de la hija de los valles.

Cogió un grillo, que se convino en guardar en una de las tarteras de las viandas, siendo por lo tanto preciso desocuparla, lo que despertó el general apetito, dándose principio á la merienda, y haciendo Clara los honores á sus convidados. Terminada esta, se recordó que el objeto de la merienda habia sido coger moras, dispersándose la alegre turba, y la primera, como era natural, Consuelo.

Cuando el criado se cansó de aguardar, y ya la noche se aproximaba, comenzó á dar tales gritos para reunir á su infantil escuadrón, que Ricardo llegó muy azorado diciendo:

—Qué te pasa?

—Te ha mordido algun lobo? replicó Clara.

—No por cierto, respondió aquél tranquilizándose, pero ya es hora de volver á casa. Y las moras?

—Toma, replicaron los niños, reuniéndolas todas en una cesta.

—Y quién llevará entonces la tartera con el grillo?

—Consuelo, que es la mas valiente.

—Sí, sí, Consuelo.

Todos buscaron á Consuelo, y Consuelo no se hallaba entre sus compañeros.

El criado la llamó con toda la fuerza de sus pulmones, Ricardo tocó su corneta..... todo en vano. La niña no respondió. Unos quisieron ir en su busca, otros propusieron esperarla, y el criado dijo, que lo mas acertado era volver á casa, y que un mozo, mas acostumbrado á recorrer el bosque, volveria en busca de la niña perdida.

Este dictámen se aprobó por todos, y haciendo mil conjeturas sobre la desaparicion de la niña, emprendieron todos el camino, poseídos de hondo pesar. Noche oscura era ya, cuando Ricardo y Clara penetraron en su casa, refiriendo muy afligidos á su mamá lo que acababa de sucederles.

—Si era preciso! exclamó Catalina con su tono gruñon; esas gentes acaban por portarse así.

—Siempre tienen mal resultado los caprichos de los niños! exclamó D. Leon con énfasis: es preciso que alguien vaya en su busca; no es cosa de dejarla abandonada.

Solamente su mujer, mas tranquila que él en esta ocasion, propuso que se dejara el buscarla para el día siguiente, atendiendo á que la niña estaba acostumbrada á dormir en los bosques, y en la presente estacion no la produciria ningun mal.

Los niños, que ya soñaban con otra excursion iluminada por hachones, llevaron muy á mal esta sangre fria de su madre, y unos llorando, y otros con gran inquietud por la suerte de Consuelo, acabaron por dormirse. Los mayores los imitaron, y solo la solici madre fué la única, que sin poder conciliar el sueño, pasó la noche encomendando á Dios á su hija adoptiva, á la que creia mas ingrata que torpe.

Por la mañana, cuando se levantó con la aurora á llamar á los criados, vió moverse un bulto á la puerta de la calle, y trémula y agitada exclamó:

—Consuelo!

Precipitándose á ella y estrechando á la niña entre sus brazos: ésta tímida y cortada, murmuró:

—Puedo entrar, madre?

—Sí, hija mia, ven, vuelve á mis brazos.

Dijo la tierna madre, y como la niña desfallecia de sueño y de cansancio, la llevó á su lecho, la desnudó, y salió de la alcoba dando mil gracias á Dios, que no abandona á ninguna de sus criaturas. Consue-

lo tardó en conciliar el sueño, porque sus lágrimas corrían sin cesar; lágrimas de gratitud á su bienhechora.

Cuando los niños despertaron, su primer cuidado fué preguntar por su hermana adoptiva, y al saber su regreso, el júbilo de los tres niños no conoció límites.

—Con qué nó se perdió? decia el pequeño Enrique.

—Sí, pero los ángeles nos la devuelven, replicó su madre.

Ya bien entrado el día, los niños se levantaron, hicieron mil caricias á Consuelo, la preguntaron una y mil veces la causa de su desaparición, á lo que la niña contestó tristemente:

—Os lo diré todo: al verme en un bosque de nuevo, al encontrarme en medio del campo, dueña de mi voluntad, me pareció que ya no me amabais, que de nuevo estaba al lado de mi padre, que veía á nuestra comparsa reunida en torno de la hoguera, que mi suerte era correr de pueblo en pueblo, y corrí, corrí tanto, que cuando llegó la noche no supe dónde estaba. En vano os busqué, en vano corrí el bosque de un lado á otro en medio de la noche... Le abandoné por fin, y llamé en medio del campo á una choza, de la que salió un perro, que creí iba á dar fin de mí, porque ¿no sabeis? un perro mordió á mi padre una vez, y le hizo sangre, mucha sangre... Tuve miedo, y me alejé... Permanecí algunas horas acurrucada junto á un ribazo, y ya cerca de amanecer unos pastores me guiaron á la entrada del pueblo, y me dirigí hasta aquí..... sin atreverme á llamar hasta que me abrieran.

—Y crees aun que no te amamos?

—No, ya no lo creo; ya no me irá más!

(Se continuará.)

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin.

FIG. 1.^a TRAJE DE PASEO.—*Vestido de muaré antique azul. El cuerpo es liso, cerrado y abotonado por delante, por donde va adornado desde la cintura hasta la mitad de su alto, de cuatro terciopelos puestos hácia arriba en forma de abanico, atravesados por varios órdenes de terciopelitos muy estrechos. La manga es de codo muy redondeado, con vuelta guarnecida de terciopelos. La falda lleva en el bajo catorce terciopelos estrechos, atravesados por otros mas anchos, puestos estos últimos á una distancia de 15 centíme-*

tros uno de otro: la falda termina con un volante encañonado del mismo muaré.

Sombrero de terciopelo azul, guarnecido de cintas de raso del mismo color, con el bavolet y rostrillo de blonda blanca, puesta en este último una dalia pequeña con ramaje.

FIG. 2.^a TRAJE DE SOARÉ.—*Vestido de glasé gris rosado, con flores brochadas. El cuerpo es escotado: el talle redondo: el escote va guarnecido de un rizado pequeño de tafetan blanco, y cubierto con un fichú, cruzado, de tul blanco bordado, adornadas sus orillas con un bullonado de lo mismo, por el que se pasa una cinta morada, y que termina en un volante de blonda blanca. La manga corta es de tafetan blanco, y va guarnecida de un plegado de tafetan blanco, entre otros dos de tafetan morado, y se completa por una manga larga de tul, hueca, que lleva en sus dos costuras unos bulloncitos, pasada una cinta morada por su centro: el puño es correspondiente. La falda termina con un adorno, compuesto de tres órdenes de guarniciones, con las orillas picadas: estas guarniciones se componen cada una de un rizado de tafetan blanco entre otros dos morados.*

Prendido de redecilla de terciopelitos morados con dos plumas, una de este color, y otra blanca.

Explicacion del pliego de Dibujos.

- NUM. 1. Cuello bordado en aplicacion sobre tul.
- NUM. 2. Puño correspondiente.
- NUM. 3. Entredos para colocar sobre el jareton de una enagua; bordado á la inglesa, y las flores con trencilla.
- NUM. 4. Cenefa de rosas bordada al pasado, y terminada por feston.
- NUM. 5. Otra bordada á feston.
- NUM. 6. Otra á la inglesa.
- NUM. 7. Entredos al pasado para pecheras.
- NUM. 8. Cenefa á feston para gorras de niño.
- NUM. 9 y 10. Escudos bordados á plumetis.
- NUM. 11. Pañuelo con escudo bordado al pasado, y terminado por un feston.
- NUM. 12 y 13. Escudos con corona de Conde y Marqués, bordados á plumetis.
- NUM. 14. Cenefa bordada con trencilla y cinta de terciopelo, para traje de señora ó abrigo.
- NUM. 15. Pañuelo bordado á feston.

MARAVILLA.

Por lo no firmado:

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1862.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—HUERTAS, 42.